
Rosario Castellanos

■ Sara Moirón

Conocí a Rosario Castellanos hace mucho tiempo. No podría decir, hace 15, 20 años, hará épocas, hay tiempos en la vivencia que es imposible medir a través del calendario convencional. A veces ocurre, se puede vivir durante años cerca de una persona y de pronto darse cuenta de que es perfectamente desconocida. Ocurre también que unas horas o quizás días de trato nos inundan del sentimiento de una plena satisfacción, de un conocerse desde siempre. Y esto es lo que me ocurre con Rosario Castellanos. Es como si siempre hubiera estado presente, de algún modo, a través de un fino hilo de comprensión, inteligente y suave, de esa comprensión que sólo proyectan los seres superiores y Rosario era uno de ellos.

Imposible no pensar en su sonrisa dulcemente irónica, si pudiera comentar el diluvio de homenajes, opiniones, llantos y sollozos ¿cuántos genuinos, auténticos, de a de veras?, queremos creer que muchos, no todos, pero sí muchos más de los que quizás ella misma hubiera aceptado. Es posible aventurar que ella no sabía, no supo tal vez porque no supimos decírselo, cuánto se la quería y qué tan profundamente se la respetaba. Rosario es una mujer que logró no sólo el éxito al que tenía pleno derecho por la solidez de su obra sino que, y esto también resulta excepcional, conquistó el respeto de quienes la conocimos y trabamos más cerca o más lejos.

Qué frustrante sentimiento provoca el sólo suponer que no pudimos o no supimos hacerle sentir la calidez del afecto, estaba siempre tan sola, instalada en una soledad señorial, que no era amarga, que nunca permitió que fuera ríspida y contra la cual libró mil y una batallas de las que parecía emerger fortalecida, más madura, más vigorosa en su poder creativo y en su calidad de ser humano, sin lograr nunca la victoria definitiva.

Sólo Gabriel, al lograrse la maternidad tan tenaz, tan

tercamente perseguida se convirtió en el rayo vital del que parecía nutrirse. Gabriel, el hijo bien amado fue tema de numerosos artículos periodísticos a lo largo de los últimos tres años. Para él las últimas líneas que escribiera. Abierta al dolor mismo de crear y de vivir, sin caer ni en la cursilería ni en la solemnidad en sus artículos sobre Gabriel.

Rosario permitía que se reflejara una de las caras más íntimas y sensibles de su personalidad intelectual ya que lograba una armónica conjunción de su dominio del lenguaje, de su vena literaria y de sus sentimientos. Y esto es lo que nos parece más difícil para un escritor que si bien vuelca su propio juego emocional e intelectual en los personajes que crea, debe cuidarse mucho de que estos no se conviertan en un autorretrato y menos en una caricatura de sí mismo, sin que por esto esos personajes dejen de ser tan humanos como el propio autor.

Hablar de Rosario Castellanos, escribir de ella, cuando aún está vivo el dolor de su inesperada ausencia, cuando aún nos sorprendemos, sacudidos por una indignación importante contra el absurdo, no es tarea fácil. Para hablar de Rosario Castellanos hay que intentar aproximarse a la serenidad, al equilibrio. Es como tratar de ubicar el propio pie en una huella clara y definida: la de ella, y esto es doblemente difícil.

De su obra literaria han opinado, opinan y seguirán opinando muchas gentes. *Oficio de Tinieblas* es una obra que resistirá el paso del tiempo. Como el vino de buena cepa, la obra literaria de Rosario irá reafirmando su validez y su calidad. No se vislumbra otra figura, sobre todo femenina que produzca en un futuro inmediato obra tan espléndidamente sólida. Su sitio en la literatura mexicana no está sujeto a vaivenes, modas o buenos humores de la crítica. A través de su prosa y de su poesía, otras generaciones, sabrán, conocerán y aprenderán. Duele reconocer que el

tiempo irá borrando los perfiles señoriales del magnífico ser humano que fue Rosario. Querámoslo o no, se irá desvaneciendo el recuerdo, hoy tan vivo y presente de su risa, de su humorismo, de su antiolemnidad, de ese reírse un poco de sí misma que parecía ser el secreto no revelado de su fuerza,

de la voluntad de hacer y de vivir, iluminada, permítasenos así decirlo, por una integridad moral que un día, más lejano en el sentimiento que éste, habrá de ser la característica en que se construya la biografía que queda pendiente, como una deuda de la cual todos somos solidarios

